

# QUE TRATA DE PRACAGORRIS

*Resumen:* Los diez fructíferos años de estancia de I. M. Barandiarán en la Universidad de Zaragoza dejaron en la Facultad de Filosofía y Letras el excelente y duradero legado de una eficaz actualización en la metodología arqueológica y en la conceptualización de la Prehistoria que influyeron decisivamente en el futuro de esos estudios y en el aumento del interés por los mismos. La renovación del tratamiento multidisciplinar de los problemas benefició también la formación de los estudiantes en el área, entonces marginal, de la Etnografía.

*Palabras clave:* Biografía, método arqueológico, etnografía.

*Abstract:* For ten fruitful years I. M. Barandiarán stayed at the University of Zaragoza, leaving in the Faculty of Philosophy and Letters the excellent and lasting legacy of an efficient updating of the archaeological methodology and the conceptualization of Prehistory that influenced decisively in the future of those studies and in the increase of the interest they drew. The renewal of the multidisciplinary processing of the facts benefited also the formation of the students in the area of Ethnography, which had been till that very moment only marginal.

*Key words:* Biography, Archaeological method, Ethnography.

Tengo muchas deudas con Ignacio Barandiarán y no puedo separar las afectivas de las profesionales. Se refieren todas a años decisivos en mi vida, los diez que van de 1966 a 1976, y a menudo evoco esos débitos con una fuerte carga sentimental, de la que en estos párrafos, que hablan de él, procuraré distanciarme un poco.

Adelanto que la aportación genérica más importante que trajo aquel joven donostiarra a la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, hace ya más de cuarenta años, fue de primer orden, como lo son siempre todas las que se refieren al método: enseñar a trabajar con rigor. En estas palabras puede condensarse el tributo que de buena gana le rindo en los párrafos siguientes.

Comencé la carrera en 1961, con diecisiete años según era entonces normal, y la concluí en junio de 1966, precisamente cuando Ignacio, que había estudiado en Zaragoza, como tantos otros vascos y guipuzcoanos, regresaba a la Facultad para enseñar. Lo hizo por invitación de su profesor y mío, Antonio Beltrán, que ya le había dirigido su *tesina* sobre la industria ósea prehistórica en Guipúzcoa, base de su gruesa y sólida tesis extendida a la totalidad del País Vasco.

Fui, pues, alumno (y subordinado) suyo justo al comienzo de mi ejercicio profesional —obtuve la plaza de Ayudante de Clases Prácticas en el reglamentario concursillo— y uno más de los muchos que, tras conocerlo, aspiraron de inmediato a trabajar con él, seguros de acertar en la elección. Absorbíamos como esponjas sus modos de trabajar. Con gran naturalidad ponía su sorprendente formación de prehistoriador y arqueólogo al alcance de cuantos se interesaban por esos asuntos. Los alumnos de licenciatura describían su sistemática docente en el aula como rigurosa, amena y eficaz, pero en los trabajos de campo se convertía en un esclarecedor espectáculo, que incluía desde la preparación de las lámparas de carburo hasta la confección detallada del diario de excavaciones, pasando por el establecimiento de los ejes de coordenadas cartesianas, la realización de una granulometría en una cueva, la adecuada toma de muestras para análisis —de polen fósil o de carbono 14—, los

cuidados de conservación del material recogido, su minúsculo siglado pieza a pieza o los traslados a los planos en papel milimetrado.

La personalidad de Ignacio era un aderezo ideal para la de Antonio Beltrán, que impartía acumuladas las enseñanzas de Prehistoria, Arqueología, Epigrafía, Numismática e Historia Antigua, porque no había nadie más para hacerlo, y sobre cuyas incontables facetas no puedo extenderme ahora. El caso es que, a sabiendas o no, se complementaban para formar un tándem con extraordinario poder de atracción. Algunos vivimos casi a la vez el recorrido exhaustivo y minucioso de las cuevas y abrigos pictóricos en España y Francia y las excavaciones de la Edad del Hierro —en Caspe, Azaila, Uncastillo y otros lugares— en el multifacético estilo de don Antonio, y las de neandertales o de campaniforme —Alacón, Somaén, Riba de Saelices—, según el riguroso y ascético procedimiento característico de Ignacio.

Los sujetos pacientes de esa doble didascalia captábamos las diferencias entre ambas personalidades, tan atractivas y tan diferentes, y, sin querer, nos empapábamos de aquella riqueza duplicada que obligaba a estar al tanto de un gran número de cuestiones. A las grandes explicaciones generales recibidas en los cursos ordinarios se añadían las experiencias excavatorias, para las que era imprescindible manejar un variado género de tipologías, desde Dressel o Lamboglia hasta Breuil y Leroi-Gourhan y, en particular con Ignacio, Laplace, sobre todo. De las clases previas con Beltrán ya llevábamos aprendida todos los de las promociones anteriores la lectura del signario ibérico, la confección de improntas numismáticas y —por descontado— el uso de las fuentes escritas cuando era preciso para enmarcar la interpretación de los hallazgos de épocas menos remotas. Con Ignacio era además obligado soltarse con más o menos pericia en un sinfín de técnicas que lo mismo incluían la preparación de originales para imprenta —una docencia que no se cuidaba apenas— que rudimentos de restauración de cerámica o de limpieza de metales, el manejo del teodolito para alzar planos medianamente acordes con los principios básicos de la topografía, el pantógrafo, el silueteador de perfiles para los trozos de vasija, la brújula, el nivel de burbuja, el dibujo con sombreado... e incluso la observación de las estrellas o la caracterización de algunos insectos —coleópteros, en especial—, porque los escarabajos son muy exigentes con sus nichos ecológicos y por eso denuncian con su sola presencia el microclima y otras características de los lugares que eligen para vivir. Algunas de estas costumbres innovadoras tuvieron, por añadidura, el efecto estimulante de agudizar el ingenio para dar con la financiación necesaria que costeara los aparatos.

El acarreo de conocimientos que aportó Ignacio Barandiarán generó una especie de frenesí discente que desbordaba lo previsto en los estudios reglados de los cinco años de carrera y en el añadido de la «colación del grado», que antaño requería una reválida, después sustituida por una Memoria de Licenciatura, necesariamente defendida ante un tribunal de tres catedráticos. Era un trabajoso requisito para aspirar al doctorado y apenas nadie que no quisiera dedicarse a la docencia universitaria lo cumplimentaba. Quiero decir que, para apropiarse de lo que Ignacio ofrecía, había que ampliar el curso escolar casi hasta los límites del año natural y prolongar los horarios de aprendizaje fuera de clase. Si Beltrán era una bulliciosa turbina de imparable actividad, Ignacio era un motor silencioso y potente.

Otras cosas no habían estado a nuestro alcance durante los cinco años de la licenciatura, principalmente las que implicaban una carga ideológica prohibida o heterodoxa sin más. Quiero decir que, conscientes de su ausencia, las buscábamos por nuestra cuenta y con resultado desigual. En materia de Prehistoria, por ejemplo, era imposible armar un seminario decente sobre Engels, prohibido a todos los efectos y decididamente comunista, pero también sobre las provocadoras doctrinas de Pierre Teilhard de Chardin, lleno de jesuitico dulzor. Recuerdo a compañeros que pertenecían a institutos religiosos —en mi curso había varios, incluidos tres marianistas y un presbítero dominico— que te-

nían recomendado no frecuentar sin algún permiso particular los libros del sabio francés, la edición de cuyas obras llegó a España a finales de los años 50. Fue cosa, creo, de García Pavón, que dirigía la editorial Taurus (con dineros de la Banca Fierro: España es impredecible). Los recelos sobre Teilhard procedían de que en los medios eclesiásticos se vigilaba de cerca su faceta teológica —e incluso mística— y esa suspicacia santooficiosa era lo que dotaba de más atractivo ante nuestros ojos al cura prehistoriador. Después, cuando dispusimos del magisterio de Ignacio, cambiamos de sitio el acento para ponerlo en su condición, principal y previa, de gran geólogo y paleontólogo, estudioso del *Sinanthropus pekinensis*. Así adquirimos una visión más real y completa del «caso Teilhard». Era típico de Ignacio ese ejercicio de desvelamiento, desprovisto de retórica y servido en bandeja, ya aliñado, con suma sencillez.

Junto a las cosas que la Facultad nos daba *motu proprio* y las que, con más o menos éxito, buscábamos por nuestra cuenta para ir rellenando huecos advertidos, figuraron enseguida las que traía Ignacio, que no eran parte del menú habitual: ni estaban en el repertorio programático, ni en la lista de carencias detectadas. Lo que hizo fue traer un gran lote de cosas que necesitábamos sin saberlo. Y, puesto que no teníamos conciencia de su necesidad, ni siquiera las habíamos pedido, ni buscado, al revés de lo que nos sucedía con Teilhard y con Engels. A las que ya he mencionado añado otra que me fue de gran ayuda durante mucho tiempo y que me dejó más huella de lo previsible.

Había en nuestro plan de estudios de especialidad de Historia (los tres últimos cursos de la carrera) una disciplina cuyo desarrollo cabal era imposible, una materia apéndice que aparecía como excrescencia brotada en la asignatura de Prehistoria que, en realidad, se llamaba Prehistoria y Etnología. El caso es que, poco o mucho, Antonio Beltrán explicaba unos rudimentos de Etnología (desde entonces sé que, cuando se va a encuestar a un pueblo y hay que preguntar, entre otras cosas, cómo llaman allí al pan, no debe formularse la pregunta de ese modo tan directo, so pena de recibir respuestas airadas). Aparte la vocación de cada cual, esta vinculación reglamentaria entre las dos materias, que entonces no parecía tan herética como parece hoy, produjo algunos resultados, porque los prehistoriadores son siempre arqueólogos y éstos frecuentan el campo y a sus habitantes, lo que ha hecho de muchos de ellos etnógrafos notables —ahora es más usual llamarlos antropólogos—, según fue el caso del mismo Beltrán.

Ignacio, tanto por lo cumplidor que siempre ha sido como por el afán de entender bien las cosas —condición básica para poderlas explicar—, no era tampoco ajeno a esta clase de conocimientos y de eso pretendo dar testimonio en estos párrafos recordatorios.

El vivo afecto por las cosas de su tierra le llevaba a charlar informalmente con nosotros sobre las tradiciones vascas. Su timidez y el pudor por hablar de lo propio eran vencidos por nuestro interés y por su perpetuo compromiso con la primera e indeclinable tarea del profesor, que es la de enseñar al que no sabe. En las laboriosas tertulias que seguían a las sesiones de excavación —ordenar, clasificar, siglar, empaquetar, consignar, explicar los materiales al grupo, plantear la jornada siguiente—, en los breves y sabrosos descansos o durante los viajes se hablaba de todo. Y, cuando los rumbos de la conversación lo pedían de modo natural, se avenía a explicarnos qué era una *argizaiola* y el sentido que se le asignaba en el País Vasco; en qué lugares se mantenían esta o aquella costumbre que podían rastrearse hacia atrás en el tiempo, cruzando los siglos hasta llegar a un yacimiento donde se atestiguaba el mismo uso, si bien las gentes, ignorantes o incrédulas, explicaban el asunto de otro modo y le asignaban una procedencia equivocada; qué interpretaciones podrían hacerse sobre la omnipresente y multiforme Mari; las diferentes versiones del Olentzero —yo tenía la mía propia, narrada por el inolvidable Rafael Olaechea, navarro y de Lesaca, lo que a efectos olentzeriles era autoridad indudable— y el cruce de influencias que podía detectarse

en algunas de ellas; o, en fin, cómo debía uno comportarse si tenía la suerte de toparse con los *prakagorriak*.

Mi segunda fuente de informaciones etnográficas —Antonio Beltrán— era, por suerte para mí, completamente diferente. Se había manifestado por primera vez en la formalidad del aula, a partir de un libro magnífico, pero duro de roer para un estudiante de veinte años mal cumplidos, como era el *Análisis de la cultura*, de Julio Caro Baroja, que Beltrán nos ayudaba a digerir. Por aquellas páginas se hacía un deslumbrante viaje desde Bachhofen hasta Franz Boas, pasando por Wilhelm Schmidt, el cura verbita que quería casar Etnografía y Biblia. Como sucede siempre con las mentes preclaras, entendía uno años más tarde por qué don Julio era capaz de obtener sabrosos y nuevos jugos de una relectura de Estrabón, que parecía tan manido. Si Ignacio fue mi primer anclaje con lo vascónico, don Julio sería el tercero.

Y el segundo, en el fondo, es el pretexto de estas líneas, en tanto que conocerlo me pareció un obsequio extraordinario —y, como siempre, silencioso— de Ignacio. Fue el *aita* José Miguel de Barandiarán, persona por la que Ignacio, de intento o no, me había infundido tanta curiosidad humana como interés profesional. En esas charlas menos formales que las clases, pero no menos útiles, lo mencionaba a menudo como hombre polifacético. De su ajetreada vida, exilio en Francia incluido, fui conociendo retazos que alimentaban mi deseo de acercarme a su personalidad. Ocurre infaliblemente cuando uno oye hablar de un personaje a un admirador inteligente.

Ambos Barandiarán proceden de Ataun, aunque no son parientes próximos. La devoción de Ignacio por don José Miguel se percibía tanto en el plano científico como en el humano e iba mucho más allá del paisanaje o de la tenue relación familiar. Creo yo que tenían ya trato por entonces en la Sociedad *Telesforo de Aranzadi*, cuyas variadas actividades ponderaba Ignacio. El caso es que, ya concluida la memoria de Licenciatura —o sea, la *tesina*— y estando en el trance de la enésima redacción de la tesis doctoral —cuyo tema hube de variar tres veces, por imponderables—, no sé bien de qué forma, pero con dinero que se obtuvo del concesionario local de Coca-Cola, organizó la Institución «Fernando el Católico» en 1969 unas Jornadas de Estudios Folklóricos en las que, además de Antonio Beltrán, J. M. Gómez Tabanera y Carmen Bravo Villasante, entre otros que recuerde, intervino don José Miguel.

Impartió en Zaragoza una lección de metodología etnográfica para las sociedades pirenaicas. Fue una intervención estupenda la de aquel hombre menudo, a punto de cumplir ochenta años, pero vivaz y sonriente, enfundado en su sencilla sotana, como parapetado tras las gafas y protegida su nerviosa cabeza por la invariable *txapela* del cura de pueblo que aparentaba ser.

Lo mejor para mí vino después, porque unos cuantos pudimos compartir con él una especie de sesión informal muy instructiva. Detrás estaba la mano de Ignacio, que quizá se acuerde, pero de eso tardé en percatarme. Aquel cura que me parecía tan anciano guardaba una vitalidad contagiosa —lo cierto es que aún le quedaban veintidós años por delante, pues murió a falta de diez días para cumplir los ciento dos— y la tertulia fue asimismo animada.

Poco después de esta experiencia se decidió a dar algunas clases en Derio, para enseñar a los interesados lo principal sobre el trabajo de campo, que en Etnografía no es tan sencillo como parece. Don José Miguel, en la reunión-tertulia de Zaragoza enunció algunos breves trazos, que concretaban lo descrito en la conferencia y a los que, años más tarde, sacaría yo provecho. Uno de esos trazos lo dedicó a la pasmosa capacidad conservadora de narraciones que poseen los pueblos de cultura oral. Había estudiado, naturalmente, la función del *bertsolari*, en el cual llamaba más la atención la capacidad de improvisación del recitador que la retentiva; pero mostró cómo ambas se potenciaban con ciertos trucos de repertorio cuyo hábil manejo hacía al autor ganar o perder la admiración del auditorio, a menudo iletrado.

Otro tanto, vino a decir, sucedía con obras de literatura oral que tenían como asunto la Navidad y temas propios de carnestolendas, o con las pastorales suletinas, llenas de temibles y feroces turcos y de belicosos ángeles salvadores de los buenos cristianos. Para conservar aquello y que se transmitiese de generación en generación eran tanto o más importantes los trucos mnemotécnicos —fórmulas— que los contenidos argumentales en sí. Yo no sabía entonces que el sacerdote había estudiado en Leipzig, siguiendo en 1913 un curso intensivo de Wilhelm Wundt, autor de la inabarcable —y hoy en completo desuso— *Völkerpsychologie*, cuyo décimo tomo debía de estar concluyendo en esa fecha. Ni mucho menos sabía yo quién era Wundt. Pero hoy comprendo que don José Miguel conocía de primera mano los métodos germánicos y que ya los había aplicado a su tarea de investigación sobre la transmisión oral.

Cierto que, en las clases de Griego de la Facultad, algo nos había dicho don Rafael Gastón sobre los estudios de Milman Parry, los *guslares* en Yugoslavia y la memoria prodigiosa de esos bardos que vivían entre los eslavos del sur. Más tarde supe que los trabajos de campo del joven estadounidense Parry se habían iniciado a partir de la amistad con un condiscípulo suyo de esa nacionalidad, Matija (Mathias) Murko, y por indicación del maestro de ambos en París, el gran indoeuropeísta Antoine Meillet. Pero lo que yo ignoraba del todo —cuando me enteré, en una lectura, pude conectarlo finalmente con lo dicho por don José Miguel en Zaragoza, años atrás— es que Friedrich Krauss, había publicado en 1908, mucho antes de que Parry anduviera por Europa, los resultados de sus largas búsquedas, desde 1885 (recogidas en F. S. Krauss, *Slavische Volksforschungen*), con más de ciento veinte *guslares*, algo que obviamente don José Miguel debía saber no sólo porque Krauss trabajaba en Leipzig, sino porque también allí se había editado esa tarea suya en 1908, sólo cinco años antes de que el joven guipuzcoano acudiese a recibir lecciones de Wundt. Nada de eso nos dijo en Zaragoza, por ser en aquel momento muestra innecesaria de erudición que lo desviaba de su camino.

Con el tiempo, además de rehacer la interpretación de aquel primer encuentro con don José Miguel, me sirvieron estos primeros aprendizajes para establecer algunos nexos de unión, también cordiales y fructíferos, con Luis (*sive* Koldo, según añadía en sus cartas a la firma) Michelena y, más tarde, con Jon Juaristi. De éste fui temprano lector y no por sus obras más difundidas —que también—, sino por sus trabajos sobre las baladas o romances vascos, que le ocuparon un tiempo, si no me equivoco, en el Seminario «María Goyri» de la Facultad vitoriana. Porque meterse en menesteres de esta especie abona mucho el espíritu. En fin: que en los años de mi ya larga práctica como profesor de Historia Antigua, he vuelto cien veces sobre estos conocimientos y las numerosas asociaciones de ideas que disparan en mi cabeza para explicar en clase alguna de las muchas facetas de la cuestión homérica, siempre igual, pero siempre cambiante. No puedo evitar, cuando lo hago, el recuerdo unificado de los dos Barandiarán, tan pendientes ambos del método correcto, clave de bóveda de lo que fabrica la Academia.

Fue, pues, muy provechosa para mí la condición de vasco ejerciente de Ignacio. Ejerciente también como persona de bien, investigador de excelencia y docente excepcionalmente dotado para añadir a la información ordinaria lo mismo que, en aquel primer contacto, nos dio don José Miguel: normas prácticas de buen método, transmitidas en forma sencilla y comprensible para ayudarnos a trabajar mejor. En eso se parecían mucho ambos guipuzcoanos.

Los diez años de convivencia diaria e intensa con Ignacio, dentro y fuera de la añosa Facultad zaragozana —que, por fortuna, hemos logrado conservar como «de Filosofía y Letras», de modo que prehistoriadores y arqueólogos, geógrafos e historiadores, filólogos y filósofos seguimos trabajando juntos y compartiendo espíritu y espacio— empezaron en 1966, cuando lo conocí colocado en un empleo que tenía la absurda denominación de «encargado provisional de Adjuntía vacante». Yo había empezado a fungir de Ayudante de Clases Prácticas en ese mismo otoño. Vi cómo

Ignacio preparaba con dedicación minuciosa su compacta «Memoria sobre el concepto, método, fuentes y programa de la asignatura» para optar a la plaza de Agregado de Historia Antigua Universal y de España, que obtuvo. Y sólo esto podría dar lugar a una digresión sobre cómo estaba por entonces de revuelto el gremio, pues el sistema permitía incluir a paleolitistas como él y a neolitistas como Ana María Muñoz en plazas inadecuadas, so pena de la suma injusticia de echarlos a la calle. Algunos de los futuros cacicatos aún estaban sin consolidar y como el reparto de zonas de influencia todavía no estaba pactado, ni bien delimitado, hete aquí que, en la estela de Ignacio, acabé yo absorbido por aquella inercia y me adscribí con armas y bagajes a aquella variación de rumbo, que ya no alteré.

Me parece que cuando nos despedimos en la Facultad salía hacia La Laguna, nombrado catedrático. Entonces dejamos de convivir.

La más atractiva versión que conozco sobre los pracagorris dice que trabajan con gran denuedo, no cejan hasta concluir lo que se les encomienda y no saben estar ociosos ni dedicar su tiempo a tonterías. Hoy siento que conocí a un pracagorri —aunque de mayor tamaño que el que se les suele atribuir: la leyenda no acierta en todo— y que me beneficié muy largamente de esa forma de ser. Es un placer agradecerle ahora, de todo corazón, lo que nos dio tan generosamente. Y si estas líneas tienen un tono cercano a la hagiografía, exactamente ésa fue la pretensión de su autor.

Bazan behin... Érase una vez... Cuando Ignacio Barandiarán estaba en Zaragoza.

G. FATÁS